

La fuerza que funda el mundo.

La violencia como motor de la historia.

1. El orden de la fuerza.

En 1519, Hernán Cortés desembarcó en las costas de México con poco más de quinientos hombres. Dos años después, el imperio azteca, con millones de habitantes, había sido destruido. No fue la superioridad moral ni la inteligencia lo que lo hizo posible, sino la pólvora, el acero y los caballos. Y fue, sobre todo, la voluntad de dominar.

La historia no se ha escrito solo con ideas, se ha escrito también con armas, conquistas y saqueos. Y sin embargo, rara vez se nombra la violencia como lo que es. Se habla de "conquista", "civilización", "progreso" o "libre mercado". Palabras que ocultan el puño que las sostiene.

La tesis de este ensayo es que la violencia no es un accidente de la historia, sino una de sus fuerzas estructurantes. El patriarcado, el colonialismo, la esclavitud, el saqueo de pueblos enteros y la acumulación originaria de capital se han construido sobre la capacidad de unos de ejercer fuerza sobre otros. Quien tiene la fuerza impone las reglas y quien no la tiene, las acepta o sucumbe. Y la tecnología ha sido, a lo largo de la historia, el principal multiplicador de esa fuerza.

No es una conspiración, es una constante histórica que se repite con una insistencia que debería hacernos reflexionar sobre la naturaleza humana y sobre el tipo de sociedad que hemos construido.

2. La violencia originaria.

Antes de que existieran los imperios, los ejércitos y las fronteras, existía una forma de dominación más antigua y silenciosa, el control del cuerpo de las mujeres. El patriarcado no nació de un pacto entre caballeros ni de una conspiración masculina, sino de la fuerza física y capacidad de los hombres de imponer su voluntad sobre las mujeres por medios violentos.

La historiadora Silvia Federici documentó cómo la caza de brujas, entre los siglos XV y XVII, fue un mecanismo de control del cuerpo femenino. No se trataba solo de superstición religiosa, sino de eliminar a las mujeres que no se sometían, vivían solas, tenían conocimientos sobre hierbas y sanación, y desafiaban el orden establecido. Miles de mujeres fueron torturadas y quemadas vivas para que las demás aprendieran la lección.

La antropóloga Rita Segato ha señalado que la violencia contra las mujeres no es un fenómeno individual, sino una estructura de dominación. Es un lenguaje que enseña a las mujeres cuál es su lugar y a los hombres cuál es el suyo. Es una pedagogía de la sumisión que se transmite de generación en generación.

En España, la violencia machista sigue siendo una realidad cotidiana. Según el Ministerio de Igualdad, desde 2003 más de 1.200 mujeres han sido asesinadas por sus parejas o exparejas. Detrás de esa cifra hay vidas arrancadas, familias destruidas y una sociedad que no ha sabido protegerlas. La violencia contra las mujeres no es un residuo del pasado, es una herencia que no hemos sabido desactivar.

3. La tecnología multiplica.

La tecnología no es un instrumento neutral que pueda usarse para bien o para mal, sino un multiplicador de la fuerza. Quien tiene mejor tecnología impone su voluntad sobre quien no la tiene. El caballo permitió a los pueblos de la estepa dominar a los agricultores sedentarios. El hierro permitió a los ejércitos equipados con espadas vencer a los que luchaban con palos. La pólvora permitió a los europeos conquistar América. Los barcos permitieron el comercio transatlántico y la esclavitud.

El historiador Jared Diamond demostró en *Armas, gérmenes y acero* que la geografía y la tecnología explican por qué unos pueblos conquistaron a otros. No fue la superioridad racial ni cultural, sino la disponibilidad de plantas domesticables, animales de tiro y condiciones climáticas que favorecieron el desarrollo tecnológico. Europa tuvo la suerte de contar con caballos, trigo y metales. América no.

Pero la tecnología no causa la dominación, la hace posible. La causa es la voluntad de dominar. Los europeos no conquistaron América porque tuvieran pólvora, la conquistaron porque querían oro, tierras y poder. La pólvora fue el medio, no el fin.

Hoy ocurre lo mismo con la inteligencia artificial. No es una fuerza neutral que vaya a liberarnos o a destruirnos por sí sola. Es una tecnología diseñada por humanos, con intereses humanos, en un contexto humano. Y como todas las tecnologías, multiplica la fuerza de quienes la controlan. Los que tienen los datos, los algoritmos y la capacidad de cómputo son los que imponen las reglas.

4. Saqueo y acumulación.

El capitalismo no nació del ahorro, del esfuerzo ni de la innovación. Nació de la violencia. La acumulación originaria de capital, que Marx describió en *El capital*, fue un proceso violento de expropiación, saqueo y esclavitud. Los cercamientos en Inglaterra expulsaron a millones de campesinos de sus tierras. La colonización de América saqueó el oro y la plata de los imperios azteca e inca. La esclavitud transatlántica deportó a más de doce millones de africanos a América.

Según la base de datos Slave Voyages, más de 12,5 millones de africanos fueron embarcados en barcos negreros entre los siglos XVI y XIX. Alrededor de 10,7 millones llegaron vivos a América. El resto murió en la travesía. Esos millones de personas fueron arrancadas de sus tierras, separadas de sus familias y vendidas como mercancía. Su trabajo gratuito construyó las plantaciones de azúcar, algodón y tabaco que hicieron posible la acumulación de capital que financió la Revolución Industrial.

Silvia Federici añade un elemento fundamental: la acumulación originaria no solo expropió tierras y esclavizó cuerpos, también controló la reproducción. La caza de brujas, la penalización del aborto y la imposición de la familia nuclear fueron mecanismos para garantizar que las mujeres produjeran la fuerza de trabajo que el capitalismo necesitaba. La violencia contra las mujeres no fue un efecto colateral del capitalismo, fue una condición de su nacimiento.

5. El monopolio de la fuerza.

Con la modernidad, la violencia no desapareció. Se concentró en manos del Estado. Max Weber definió el Estado como "la comunidad humana que, dentro de un determinado territorio, reclama para sí el monopolio de la violencia física legítima". Es decir, el Estado no elimina la violencia, la legítima, la convierte en ley, en orden, en normalidad.

La violencia del Estado no es solo la policía, el ejército o las prisiones. Es también la violencia que se ejerce a través de las leyes, de los tribunales y de las fronteras, la que expulsa a los migrantes, desahucia a las familias y recorta los servicios públicos, la que no se percibe como tal porque está respaldada por la ley y por el consentimiento de la mayoría.

En España, la violencia del Estado ha tenido episodios especialmente oscuros. La transición no fue un proceso pacífico. Hubo muertos en manifestaciones, torturas en comisarías y una amnistía que borró los crímenes del franquismo. Los sucesos de Vitoria de 1976, con cinco trabajadores muertos por disparos de la policía, son ejemplos de la violencia que acompañó el cambio de régimen. La Ley de Amnistía de 1977 no solo liberó a los presos políticos, también garantizó la impunidad de los verdugos.

Hoy, la violencia policial sigue siendo una realidad. Las denuncias por malos tratos contra agentes de policía se cuentan por miles cada año, aunque las cifras oficiales solo recogen una parte del problema. Muchas víctimas no denuncian por miedo, desconfianza o porque saben que su denuncia no servirá de nada.

6. La violencia invisible.

Hay una forma de violencia más sutil y devastadora que la fuerza física, la violencia simbólica. El sociólogo Pierre Bourdieu la definió como "esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales". Es la violencia que se ejerce con la complicidad de quien la sufre, la dominación que se interioriza como natural.

La violencia simbólica no necesita policías ni ejércitos, basta con que las mujeres crean que su lugar es la casa, que los pobres crean que su pobreza es culpa suya o que los colonizados crean que su cultura es inferior. Es la violencia que se transmite a través de la educación, los medios de comunicación o la cultura popular.

En España, la violencia simbólica se manifiesta en los anuncios de juguetes que separan a los niños de las niñas, en las series que reproducen estereotipos de género, en los debates políticos que tratan a las mujeres como objetos o en los medios que llaman "rey" al que debería ser solo un ciudadano. Es una violencia que no deja marcas visibles, pero que configura la forma en que pensamos, sentimos y actuamos.

La violencia simbólica es la más eficaz porque no se percibe como violencia, sino como sentido común, tradición o naturaleza. Y cuando algo se percibe como natural, deja de cuestionarse.

7. Cooperación y violencia.

No todo en la historia es violencia. Los seres humanos también hemos cooperado, compartido y construido comunidades sin dominación. El antropólogo David Graeber y el arqueólogo David Wengrow demostraron en *El amanecer de todo* que las sociedades humanas han experimentado con formas de organización no violentas. Ha habido ciudades sin reyes, comunidades sin jerarquías y pueblos que resolvían sus conflictos sin recurrir a la fuerza.

Pero la violencia ha sido más eficaz. La violencia conquista, saquea, impone. La cooperación es más lenta, frágil y difícil de sostener. Por eso la historia la escriben los vencedores, que casi siempre son los que ganaron las guerras.

La cuestión no es si la cooperación es posible, porque ya existe. La pregunta es por qué la violencia sigue siendo el motor de la historia. Y la respuesta es muy incómoda: porque funciona, porque, durante milenios, la violencia ha sido la forma más rápida y eficaz de acumular poder, riqueza y territorio.

8. La vida sin violencia.

¿Es posible una sociedad sin violencia? Ésta es una pregunta tan antigua como la humanidad y responderla no es una tarea sencilla, porque, aunque la violencia no es una condición inevitable de la vida en común, tampoco es un accidente que podamos eliminar con buenas intenciones.

Lo que sí se puede hacer es reducirla, controlarla e impedir que siga siendo el motor de la historia. Y para ello son necesarias políticas concretas que hagan posible una educación en igualdad, regular la tecnología, ejercer un control democrático de la fuerza, la reparación de las víctimas y la memoria de los crímenes.

Y exige, sobre todo, dejar de creer que la violencia es natural, porque la violencia no es un instinto inevitable, sino una construcción social que se aprende, reproduce y legitima. Y como toda construcción social, puede cambiarse.